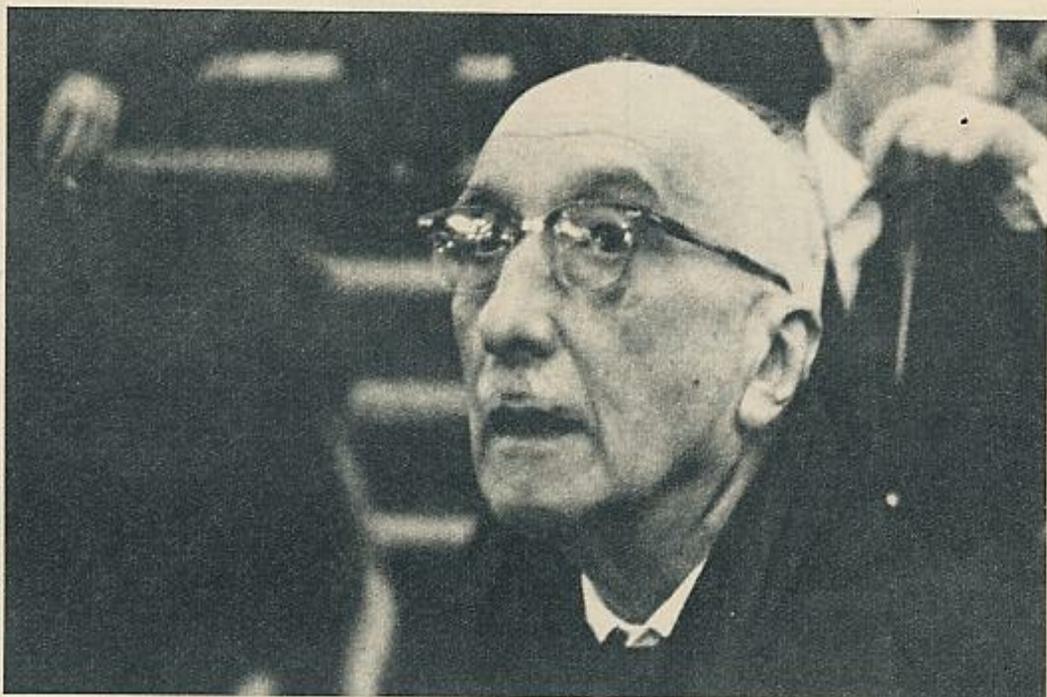


MAURIAC

## El estado de gracia y la política



«Yo soy —decía Mauriac— un metafísico que trabaja en lo concreto». Expresado de otra manera, el problema de François Mauriac era el de encontrar la relación entre la Gracia y el Comportamiento; en el largo, frondoso y atormentado universo novelístico que creó en los sesenta años de su vida de escritor —desde su primera novela, en 1910, hasta su muerte la semana pasada en París, a los ochenta y cinco años—, esa dificultad de ser (con frase de Cocteau) podía tener las facilidades de solución que le daba su propio creador (no tantas, sin embargo: hay personajes que se arrastran de una novela a otra como almas en pena, incapaces de encontrar su vía de salvación, como «Teresa Desqueyroux»), pero no así cuando se trataba de analizar la vida real, la «política impura». Este católico sin fisuras —sus pequeñas discrepancias no sobrepasaron lo externo, no tuvieron jamás el carácter dramático de las de Unamuno— fue así llevado a defender causas ajenas a los intereses de su clase —una gran familia terrateniente de Burdeos, ciudad de burguesía cerrada, tradicional y conservadora— como fueron los abisinios en guerra contra Italia, los republicanos españoles —lo que le situó en polémica con Claudel— y, más tarde, a defender a los pueblos colonizados por Francia que buscaban su independencia: Indochina, Marruecos, Argelia.

Este abrazo a las causas de «los otros» tenía algo de obra de misericordia, algo de caritativo, algo del «Beso al leproso» (título de una de sus primeras novelas: la que le consagró), algo medieval, de caballero andante que pone su lanza y su espada al servicio de los galeotes. La lanza y la espada de Mauriac eran un idioma acerado, duro, de una gran belleza y al mismo tiempo de un temible filo polémico. Difícilmente podía blandirlo, y menos al servicio de la causa anticolonial, desde su tribuna acostumbrada que era la del «Figaro», cuyo catolicismo fundamental se expresa por medio de un derechismo tranquilo y sin nervios, sin ninguna duda acerca de cómo el estado de Gracia se manifiesta en favor de los ricos y los poderosos. Mauriac emigró entonces a un periódico pobre y recién fundado: «L'Express». Su clase no le perdonó aquella grave contradicción: un católico de Burdeos unido a un grupo de judíos, un terrateniente de las Landas atacando a los terratenientes de Argelia...

No perdonarle, en aquel momento, suponía no sólo hacerle víctima de insultos que no necesitaban ir envueltos en el lenguaje literario de la polémica, sino que eran, simple y crudamente, insultos; irradiarle de los

círculos de su clase y su grupo y, finalmente, buscar la forma de deshacerse de él mediante atentados. Mauriac era un excelente blanco en la época de las bombas de la OAS. No se hurtó, no se ocultó: comparecía en todas las manifestaciones, en todos los actos públicos trataba de ser orador de mitin —aunque su voz, de afónico eterno, era inaudible aun amplificada por los mejores micrófonos— y llevó a todas partes su débil silueta que, aun en la vejez, conservaba ciertos tics de hijo de viuda y alumno de los marianistas.

Quizá Mauriac encontró en Pierre Mendès-France, el israelita-ateo que supo aplicar a la política de la época un cierto sentido común que había faltado hasta entonces, un cierto destello de la Gracia que —véase Graham Greene— puede manifestarse de pronto en los personajes que más ajenos parecen a ella y menos la desean. Mendès-France tenía ciertos aspectos de pureza, hasta en su forma mística de beberse un vaso de leche en su banco de presidente del Consejo de Ministros; en el mismo del que algunas veces había sido preciso llevarse a Georges Bidault, víctima de las llamadas ligeras indisposiciones que le causaban su especial ternura por el vino tinto. Hasta ese agravio tenían los bordeléses contra su coterráneo Mauriac: que prefiriese a un bebedor de leche.

Pero el verdadero hallazgo de Mauriac, el que iluminó los últimos años de su vida, fue la reparación de De Gaulle. Si la relación de Mendès-France o de Ben Bella con la Providencia no podía hacerse más que con hilos muy tenues, casi invisibles, la del general Charles de Gaulle era manifiesta. Si había lagunas, se encargaba de llenarlas el propio De Gaulle. Es probable que en Francia no haya habido más que dos personas que creyeran en la personalidad providencial del general, y fueron, por este orden, François Mauriac y el propio general. En este amor místico del

anciano escritor por el anciano Presidente había sin duda algo de senilidad, algo de regreso al pasado. En la Francia ocupada por los alemanes, el resistente Mauriac —resistente especialmente con su pluma, que era su verdadera arma: autor de unos «Cuadernos negros» de poemas que le obligaron a vivir en la clandestinidad; compañero de los comunistas en «Lettres Françaises» y en el Comité Nacional de Escritores— veía a De Gaulle como un símbolo. En agosto de 1944, en el París recién insurrecto contra los alemanes, Mauriac —aún en territorio ocupado— publicó un artículo dedicado al general con el título «El primero de los nuestros».

Francia tiene de común con los demás países del mundo el creerse un país excepcionalmente protegido por Dios. Francia es «la fille aînée de l'Église»; y ni siquiera personas con la gran finura analítica de Mauriac han sabido escapar a esa trampa del mito ancestral. Mauriac creyó durante toda la resistencia que Dios no abandonaría a Francia (aunque los alemanes, víctimas de la misma rara alucinación, proclamaran su «Got mit uns», su «Dios con nosotros»), y vino a encontrar que el general De Gaulle era un personaje con encarnación arcaica. La reparación del general, a raíz de los acontecimientos de Argelia, hizo que el anciano escritor encontrase, por fin, una conciliación entre la Gracia y el Comportamiento; la política dejaba de ser impura, y Mauriac pudo iniciar su adoración al Enviado. De esta forma tuvo que emigrar de nuevo de periódico: su diario —su famoso «Bloc-notes», que había iniciado en «La Table Ronde», había seguido en el «Figaro» y se había ido al «Express», debía regresar al «Figaro»; donde fue excelentemente acogido en vista de su reconversión a los principios de la derecha tranquila y, sobre todo, de la excelente comercialidad, que para la derecha tranquila es generalmente

una prueba de acierto. Este degollamiento de los últimos años hizo que Mauriac se apartase de los que habían sido sus compañeros ocasionales en la lucha de la izquierda, como antes se había tenido que apartar de quienes lo eran por su religión y su clase social.

Pero Mauriac no se detuvo nunca ante esas ni ante otras desgarraduras que pudieran ser impuestas por su conciencia. Firme creyente en la conciencia del hombre, fue fiel a la suya, sin arredrarse por los riesgos ni por los extremos: no abandonó nunca una causa que creyó justa ni un hombre al que supuso leal y honesto.

La metafísica de Mauriac no sobrepasó, en realidad, los términos de una moral. Podía ser esta moral o moraleja la de que el hombre debe acostumbrarse al eterno combate interior de sus contradicciones, que debe convivir con ellas, y que no saldrá de ellas por su propia revuelta sino como consecuencia del estado de Gracia. En los personajes de Mauriac —en los de «Nido de víboras», en «El desierto del amor»...— aparece la contradicción que pudo ser el centro psicológico de la personalidad de Mauriac: pasión, sensualidad, apego a la tierra, a toda la riqueza sensorial y, al mismo tiempo, una profunda represión, una identificación de la pureza con la renunciación y el ascetismo. ■ J. ALDEBARAN.

• François Mauriac nació el 11 de octubre de 1885, en Burdeos. Hasta los veinte años vivió en la casa familiar con su madre, viuda desde muy joven. Alumno de los marianistas hasta el final del Bachillerato. Licenciado en Letras. Primer libro de versos en 1905 («Las manos juntas»); primera novela en 1910 («El niño cargado de cadenas»). Consagración literaria en 1922, con «El beso al leproso». Otros escritores de su generación: Duhamel, Martin du Gard, Maurois, Cocteau (generación de 1880/90). Académico en 1933. Premio Nobel en 1952. Fallecido en París, el 1 de septiembre de 1970.